

*The Lookout:
alta velocidad, riesgo y un cerebro
sobreviviente.*

RESUMEN

The Lookout es una película que relata la vida de Chris Pratt, un excelente jugador de hockey sobre hielo, quien luego de que sufriera un daño cerebral adquirido por un traumatismo craneoencefálico, presenta un dramático cambio en su cognición y comportamiento. A lo largo del film, el personaje brinda varias escenas que permiten identificar aspectos de interés para la neuropsicología, como lo son, la diferencia en el funcionamiento cognitivo entre las condiciones pre y post daño cerebral, una apraxia ideomotora, el síndrome frontal, alteraciones en la metacognición, el proceso de sustitución de las funciones cerebrales que le permite sobrevivir a un ser humano con una injuria cerebral y la nueva vida que debe vivir el cerebro sobreviviente. En el artículo

se hace un análisis de la clínica presentada por Pratt, en base a aspectos teóricos de la neuropsicología y la experiencia en la atención clínica de pacientes con daño cerebral adquirido.

The Lookout: la película

Es que la neuropsicología está presente en todas las actividades de la vida de un apasionado por entender la relación entre cognición, comportamiento y funcionamiento cerebral; no es un trabajo, ni una profesión, es el paradigma desde el cual se entiende la vida. De manera que, en esta ocasión, como se lo ha realizado en dos números previos de Cuadernos de Neuropsicología (ver Ramos 2015, 2016), se hace un intento para interpretar un film desde el paradigma con el que puedo, en la medida de lo posible, entender lo cognitivo y conductual de un ser humano; la neuropsicología.

The Lookout, o el vigilante como se titula en español (ver imagen 1), es una película que relata la vida de Chris



Imagen 1. Presentación de la película The Lookout

Pratt, un gran jugador de hockey sobre hielo, que en una noche de emociones intensas, maneja su automóvil en alta velocidad y con las luces apagadas para poder observar estrellas y luciérnagas, y precisamente, al momento de encenderlas, sufre un impacto frontal con su automóvil, dejando sin vida a dos de sus acompañantes, sin una pierna a su novia y un daño cerebral permanente en él.

El cerebro sobreviviente

“Me despierto, apago el despertador, miro afuera para saber que ponerme, me ducho con jabón (*en la escena se observa que todas sus cosas se encuentran señaladas con un letrero*), luego me afeito, a veces lloro sin motivo... me enfado con facilidad” (verbalización de Pratt al iniciar el film).

Luego del daño cerebral, Pratt arranca demostrando como es todo un reto para su nueva vida, el crear una simple lista de lo que hace en su día a día, aspectos que serían rutinarios y comunes para un individuo con un cerebro conservado, sin embargo, para un cerebro sobreviviente, como el de Pratt, estas actividades son un verdadero desafío.

Pratt, antes de su accidente era un excelente deportista, uno de los mejores en el hockey, se lo veía concentrado, con un gran nivel de coordinación motora, con la agilidad mental para planificar y ejecutar en segundos una gran jugada, con ese nivel de metacognición que le permite a un delantero engañar a un portero y terminar disparando a un lugar diferente, cuando éste creyó con toda su fe, que el delantero dispararía a otro lugar; en fin, con esa cognición que diferencia a un simple mortal, de uno con alto rendimiento.

Sin embargo, todo ese talento, que en verdad fue su cerebro en acción, como lo diría el gran Luria (1984), termina luego de tres minutos y dos segundos que duró el momento de alta excitación, cuando Pratt, por querer demostrar su calidad de chico malo, termina estropeando

ese gran sistema nervioso que le permitía brillar sobre el hielo.

El cerebro que sobrevive en Pratt, es un cerebro inferior, torpe, que procesa la información en una forma defectuosa, que no almacena información nueva, que no es capaz de predecir las intenciones del resto, que no se autorregula ante situaciones sociales novedosas, que no planifica, en fin, mi estimado lector, el clásico cuadro de un daño cerebral adquirido.

El caso de Pratt se lo podría interpretar desde diversas teorías de la organización cerebral, por poner dos ejemplos, desde la propuesta de organización cerebral basada en tres cerebros de MacLean, el personaje en cuestión ha perdido gran funcionalidad de su cerebro neocórtex, mientras que sus cerebros reptiliano y límbico, estarían conservados y serían los que predominan en su dirección cognitiva y conductual. En cambio, desde la perspectiva de Luria, Pratt ha perdido la funcionalidad de sus unidades funcionales encargadas de planificar, ejecutar y monitorear la actividad, y de recibir, procesar y almacenar la información, mientras que, la unidad encargada de regular el tono y la vigilia, estaría conservada, mas no su regulación consciente desde el frontal (Barcia-Salorio, 2004).

Como se puede observar, el cerebro sobreviviente trabaja con estructuras inferiores, las no dañadas, las que le permiten tener un funcionamiento entre un mamífero común y un acercamiento a lo que podría considerarse un ser humano. El cerebro sobreviviente presentará signos de un rendimiento cognitivo inferior, de una pérdida de funciones previamente adquiridas, con cuadros como la apraxia, el síndrome frontal o alteraciones en la metacognición.

La apraxia ideomotora: un signo más del cerebro sobreviviente

Existen dos momentos dramáticos del film en donde se puede observar que el nuevo funcionamiento cerebral

de Pratt evidencia una apraxia ideomotora. Antes de describirlos, citaré a Ardila y Rosselli (2007, p. 129), quienes definen a este trastorno neuropsicológico como “un defecto o incapacidad para llevar a efecto un acto motor previamente aprendido” y que se caracteriza por presentar una torpeza para ejecutar un movimiento que posee una secuenciación de pasos, un incremento de gesticulación, presencia de onomatopeyas, exageración de movimientos, sustituciones por perseveraciones, entre otros signos característicos de este cuadro de daño cerebral.

La primera escena donde se observa la apraxia de Pratt, es cuando acude a tomar un café con una asistente social, y se puede identificar que al tomar la cuchara es incapaz de darle un uso adecuado. Es más, parecería que fuera la primera vez que usa ese utensilio, demostrando un cuadro magistral, en donde las redes de conexión fisiológica entre la idea y el acto estarían destruidas.

Tal como lo dicen Duque y Martín (2012), en la neuropsicología, para comprender el funcionamiento cerebral, los signos son los más importantes, y no es que los síntomas no lo sean, sino que no nos hablan tanto del funcionamiento cerebral en sí. De manera que, el clínico debe desarrollar un ojo muy fino y con un contundente fundamento teórico, que le permita comprender el funcionamiento de un cerebro con tan sólo, mirar los signos de su humanidad.

El momento más intenso en la apraxia ideomotora de Pratt, se lo dibuja cuando su compañero de apartamento le indica mediante un mensaje telefónico (solicitud verbal para realizar el acto), que debe abrir una lata de tomate para cocinar un espagueti. Entonces, sale a escena el actor principal, la apraxia ideomotora, y Pratt padece ante una simple lata de tomates. Primero busca algún elemento que le permitiera abrirla, pero se debe resaltar que esta búsqueda parecería ser automática, sin un verdadero sentido, sólo por cumplir con un rito que no tendría mayor significación para Pratt, como jugando a quedar bien con un proceso en el cual, no tiene ni

idea en qué consiste. Luego, busca en sus dispositivos compensatorios externos, como su libreta, y nada, no tiene información que le permita entender el proceso para abrir una simple lata de tomates (ojo, digo simple para recalcar lo catastrófico que es presentar este trastorno, ya que un cerebro conservado hace estas acciones casi de



Imagen 2. Escena del film en donde Pratt lanza todo después de ser incapaz de abrir una lata de tomates.

forma automática, sin embargo, en el daño cerebral, este tipo de acciones se vuelven una verdadera pesadilla).

Luego, encuentra un aplastador de ajos que intenta usar como abrelatas, no obstante, su cerebro no es capaz, ni siquiera de acercarse al movimiento que se debería hacer con un abrelatas verdadero. La situación se empieza a poner más caliente debido al síndrome frontal de Pratt, y pierde la paciencia, lo lanza todo y llama enfadado a su amigo indicando que no encuentra el abrelatas. Para finalizar la escena, se observa a Pratt sentado en un rincón, la cocina destrozada y una lata de tomates golpeada, destrozada, como si un Neanderthal con una piedra hubiera intentado abrirla, pero nunca lo logró (ver imagen 2).

Síndrome frontal

Imaginemos que estamos en un bar lleno de gente, la música es suave y todos llevan una conversación en un tono de voz normal, y de pronto, de forma aislada, un individuo que está dialogando con alguien, que se nota que no es su pareja, dice en un tono de voz elevado y de forma sorpresiva “lo único que pienso es en tener sexo contigo”, lo cual genera una reacción totalmente fría en la mujer (una asistente social) que se encontraba dialogando con Pratt, y que, ante la dicha expresión respondió, “las personas que están en el fondo del bar escucharon tu propuesta, crees que hubieras dicho eso antes de lesión cerebral” y Pratt cierra el momento manifestando “ahora vas a sacarme la mierda esa del síndrome frontal”.

En tal sentido, Pratt nos permite observar en dicha escena, la desinhibición y dificultad en el respeto de los parámetros socialmente establecidos que suelen presentarse luego de un daño cerebral adquirido en un accidente de tránsito, en donde, por lo general, las zonas frontales y occipitales son frecuentemente las más afectadas, por el efecto de golpe contragolpe (ver imagen 3) clásico en un traumatismo craneoencefálico de

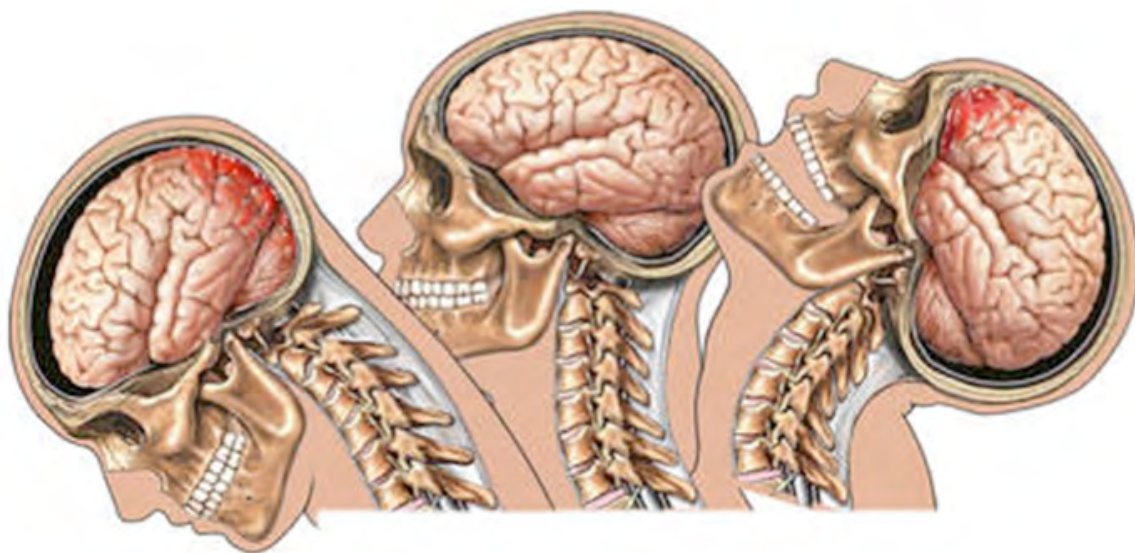


Imagen 3. Efecto de golpe y contragolpe sufrido en un accidente automovilístico.

un choque automovilístico (Arnedo, Bembibre, & Triviño, 2013).

Como se puede observar en dicha escena, Pratt carece de una adecuada inhibición de lo que Barkley (2014) denomina, una respuesta con mayor preponderancia de ocurrir. Es que cuando, se está frente a una situación en la cual se tiene que supervisar la conducta, se tienen tres opciones de actuar. La primera, desde un comportamiento totalmente regulado y consciente, mediante una supervisión constante y controlando la impulsividad. Desde un segundo nivel, en donde el comportamiento es semiautomático, o desde un tercer nivel, donde las acciones son totalmente automáticas (Norman & Shallice, 1986).

Cuando el lóbulo frontal se encuentra indemne, un sujeto es capaz de actuar desde una adecuada supervisión de su comportamiento, inhibiendo en todo momento, los impulsos de comportamientos que no son socialmente aceptados, aunque, a diferencia de lo que se mira en la película, si el lóbulo frontal de Pratt hubiese estado conservado, él hubiera sido capaz de producir un repertorio de comportamientos aceptados socialmente para manifestar la atracción que sentía hacia la persona con la que se encontraba compartiendo en el bar. Es decir, hubiese sido capaz de seducirla controlando la bestia que pedía a gritos un acercamiento sexual, tal como lo hubiera hecho un amante experto (con un lóbulo frontal adecuado).

El síndrome frontal de Pratt no queda únicamente en esa escena, sino que se lo puede observar a lo largo de su actuación en el film, al apreciar sus dificultades para regular las emociones, monitorizar sus actividades, limitaciones para mantener varios estímulos en el bucle fonológico de su memoria operativa, predecir el comportamiento de los demás, inhibir una conducta automática, y demás signos que se pueden observar en un joven con un daño frontal

Metacognición y su nueva ingenuidad

He visto pacientes que luego de un daño cerebral frontal pierden su capacidad metacognitiva para comprender expresiones orales con alta complejidad, como puede ser el sarcasmo o el doble sentido de una frase, y actúan de forma literal ante lo escuchado. Por ejemplo, en alguna ocasión un papá devastado por la actual situación de su joven hijo con daño cerebral adquirido, me comentaba que si decía a su hijo “anda a ver si vuelan los burros”, su hijo, quien antes de su accidente cerebral era un joven talentoso, inteligente y exitoso, ahora era capaz de ir a la ventana y pasar un tiempo buscando en los cielos al pobre animal (Ramos & Bolaños, 2014).

La situación descrita es representada de forma muy fina en la película, cuando Pratt, que ahora trabaja como empleado de limpieza de un banco, solicita al dueño que le permita trabajar de cajero, quien al finalizar la petición le indica de forma sarcástica su negativa, diciéndole que primero hace falta cambiar bombillas en una zona del recinto (para sacarse de encima la petición), ante lo cual, Pratt saca su libreta y anota como una de sus responsabilidades siguientes el cambiar dichas iluminarias, cuando no era necesario hacerlo y solo se trataba del clásico sarcasmo de su jefe.

Este cuadro invita a reflexionar que, un daño cerebral es capaz de hacer a un ser humano retroceder a estadios

de desarrollo cognitivo inferior, dependiendo de la magnitud del déficit generado, en la mayoría de pacientes con daños cerebrales frontales de consideración, por lo general, se observa este retorno a etapas infantiles de heteronomía en donde se cumple de forma literal lo que un adulto indica (Kohlberg, 2008).

Al avanzar la trama del film, aparece un grupo de “amigos” de Pratt que afirman buscar su “bienestar”, sin embargo, elaboran todo un plan para robar el banco donde trabaja Pratt, a expensas y con conciencia de la nueva ingenuidad que la lesión frontal le generó. En tal contexto, aparece una mujer que, según solamente Pratt, está enamorada de él, y lo único que busca es aprovecharse para tener acceso al banco en donde Pratt presta sus servicios de limpieza. Por amor de Dios!! No hay más ciego que Pratt en ese momento de la película, sólo él es capaz de ver el amor en esa mujer. Al parecer su metacognición y teoría de la mente, no le permitían ver más allá, las intenciones macabras ocultas de esa mujer.

Dicha situación suele presentarse en pacientes con daño frontal, por ejemplo, en una ocasión en el servicio de Neuropsicología, un padre de un paciente con daño ejecutivo me manifestó: “mi hijo ha perdido esa malicia y desconfianza que tenemos los hombres, si alguien toca a la puerta y le dice tu papá me dijo que saquemos todas las cosas de la casa, mi hijo es capaz de ayudar a cargarlas”. Algo similar sucede en el film, todo termina en el mayor de los abusos, los “amigos” de Pratt aprovechan de su nueva inocencia y coartan y desarrollan un robo al banco donde Pratt trabajaba en las noches.

El proceso de sustitución de las funciones cerebrales

Luego del accidente de Pratt se observan serias dificultades en su capacidad mnésica, situación que lo obliga a desarrollar algunas estrategias para acceder a la evocación de información en su día a día. Tal es el caso de la sustitución de funciones cerebrales, en donde,

por medio del uso de un dispositivo externo al cuerpo de la persona, reemplaza una función propia del cerebro (Lubrini, Periañez, & Ríos-Lago, 2009).

En el caso de Pratt, se observa el uso de dispositivos como una libreta, para almacenar y evocar información relevante para su actividad diaria, agendamiento de citas, apuntes de pasos que debe seguir en un determinado proceso, además, del uso de recordatorios por medio de alarmas, que le recuerdan las actividades que debe hacer en su vida, y letreros en cada elemento que tiene en su domicilio, los cuales contienen una breve descripción de lo que debe realizar con ellos.

Estos dispositivos externos pasan a reemplazar una determinada habilidad mental del cerebro, la memoria. En tal sentido, se ha reportado en estudios de casos similares al personaje de la película, en donde, luego de un accidente cerebral las funciones neuropsicológicas mejoran de forma ínfima ante un proceso de estimulación cognitiva (Ramos & Bolaños, 2014), siendo la estrategia que mejor resultados presenta, el entrenamiento en uso de dispositivos que sustituyan las funciones cerebrales.

El cerebro sobreviviente, los riesgos excitantes y la vida en el futuro

Es aterrador pensar que en cualquier momento podemos perder la lucidez, astucia, picardía, capacidad de predecir las intenciones del otro, entender el doble sentido, proyectarnos al futuro, en fin, las capacidades cognitivas y ejecutivas de mayor complejidad, por no hablar de las capacidades cerebrales más simples, como el lenguaje o la percepción.

Al punto que voy es que, cuando decidimos sentir la excitación del momento, al igual que Pratt al inicio de la película, nos dejamos dominar, como MacLeand lo diría, por el cerebro límbico, poniendo en juego el neocórtex, sin reflexionar que arriesgamos la estructura

más valiosa para nuestra existencia, la que nos vuelve atractivos, interesantes, autónomos, en fin, que nos vuelve verdaderamente humanos, el cerebro.

Empezaré a bajar el telón señalando uno de los puntos más dramáticos, que se lo ve en Pratt y en los jóvenes con daño cerebral de la vida real, es la alteración a la capacidad de proyección al futuro. En la nueva vida del individuo con daño cerebral, es como que su cerebro permitiera, a lo máximo, vivir con un sistema cognitivo para el aquí y el ahora, y no un sistema que le permita ser consciente de que, el éxito en la vida engloba el proyectarse al futuro, dejando de lado la gratificación inmediata y trabajando para el logro de objetivos a largo plazo. Sin embargo, lo que se ve, es un cerebro que vive para la gratificación instantánea, que actúa de forma literal a los mensajes que es capaz de procesar, que ya no es lo que un día fue, como lo dice Pratt en el film, un cerebro que pide a gritos, ser lo que un día fue.

Conclusiones

En el presente artículo se ha realizado un análisis neuropsicológico de la película *The Lookout*. Se inicia con un apartado denominado el cerebro sobreviviente, en donde se describe la complejidad que significa para una persona con daño cerebral adquirido, el realizar actividades que para un cerebro conservado no demandan mayor desempeño de recursos cognitivos.

En el cuadro clínico del actor principal del film, Chris Pratt, se observan varios aspectos de interés para un ojo neuropsicológico, como lo son, su apraxia ideomotora, el síndrome frontal, su metacognición, la sustitución de las funciones cerebrales y el futuro para un cerebro sobreviviente.


En la apraxia ideomotora se describen dos escenas en donde Pratt es incapaz de concretar dos acciones comunes para un ser humano con un sistema nervioso

indemne, sin embargo, todo un reto para el personaje, las cuales son: abrir una lata de tomates y utilizar la cuchara para preparar un café.

El síndrome frontal se lo aprecia cuando Pratt es incapaz de inhibir la tendencia de presentar un comportamiento impulsivo, regular de forma adecuada sus emociones, mantener varios estímulos en su memoria de trabajo, planificar, monitorizar, entre otros signos, propios del daño frontal.

En el análisis de la metacognición de Pratt, se resalta su nueva ingenuidad, que se produce por su incapacidad para predecir el comportamiento de los demás, por lo que, al igual que pacientes reales con daño cerebral, presenta limitaciones para entender el sarcasmo, la ironía o el doble sentido que puede contener a una frase.

Un elemento dentro del entendimiento de la rehabilitación neuropsicológica que permite comprender el film, es el uso de dispositivos externos para sustituir las funciones cerebrales dañadas, lo cual se lo puede observar en la dependencia de Pratt a su libreta, alarmas de reloj o letreros de información de las cosas de su hogar, que funcionaban en una suerte de memoria de su cerebro.

Se cierra el artículo resaltando la fragilidad de la cognición humana, al depender de un órgano que puede verse afectado por una irresponsabilidad de un par de minutos, tal como se lo vio en la película. Se pone punto final con el ruego, que es común encontrar en las personas que han sufrido un daño cerebral adquirido, el querer ser lo que un día se fue. 

REFERENCIAS

- Ardila, A., & Rosselli, M. (2007). *Neuropsicología Clínica*. México: Editorial El Manual Moderno.
- Arnedo, M., Bembibre, J., & Triviño, M. (2013). *Neuropsicología A través de casos clínicos*. México DF: Editorial Médica Panamericana.
- Barcia-Salorio, D. (2004). Introducción histórica al modelo neuropsicológico. *Revista de Neurología*, 39 (7), 668-661.
- Barkley, R. (2014). *Attention-deficit hyperactivity disorder: A handbook for diagnosis and treatment*. New York: Guilford Publications.
- Duque, P., & Martín, M. (2012). Revisión del concepto de inhibición en neuropsicología como parte esencial de las conductas adictivas. En J. Celma, & F. Pons, *Neuropsicología de la impulsividad* (págs. 35-48). Lleida, España: Edicions de la Universitat de Lleida.
- Frank, S. (2007). *The Lookout* [Película]. Estados Unidos: Miramax Films.
- Kohlberg, L. (2008). The Development of Children's Orientations Toward a Moral Order. *Human Development*, 51, 8-20.
- Lubrini, G., Periañez, J., & Ríos-Lago, M. (2009). Estimulación cognitiva y rehabilitación neuropsicológica. En E. Muñoz, *Estimulación cognitiva-Módulo Didáctico 1* (págs. 1-37). Barcelona, España: Eureka Media, SL.
- Luria, A. (1984). *El cerebro en acción*. Barcelona: Editorial Martínez Roca.
- Norman, D., & Shallice, T. (1986). Attention to action: willed and automatic control of behavior. En R. Davidson, G. Schwartz, & D. Shapiro, *Consciousness and self-regulation* (págs. 1-18). New York: Editorial Plenum Press.
- Ramos, C. (2015). The Gambler: afectación de la toma de decisiones. *Cuadernos de Neuropsicología Panamerican Journal of Neuropsychology*, 9 (3), 1-7.
- Ramos, C. (2016). Concussion: El daño cerebral adquirido en la práctica deportiva. *Cuadernos de Neuropsicología Panamerican Journal of Neuropsychology*, 10 (1), 111-119.
- Ramos, C., & Bolaños, M. (2014). Análisis neuropsicológico de un caso con alteración de la función ejecutiva. *Revista Chilena de Neuropsicología*, 9 (1-2), 41-43.